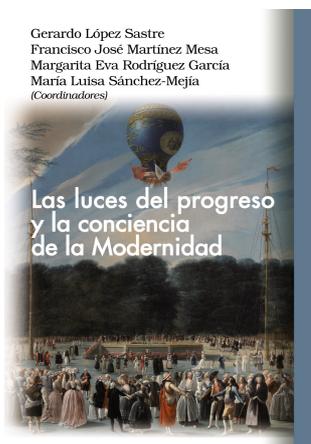


Las luces del progreso y la conciencia de la Modernidad

GERARDO LÓPEZ SASTRE, FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MESA, MARGARITA EVA RODRÍGUEZ GARCÍA, MARÍA LUISA SÁNCHEZ-MEJÍA (COORDINADORES)

Madrid, 2023, Tecnos, 400 páginas
Biblioteca de Historia y Pensamiento Político
I.S.B.N. 978-84-309-8671-2



En *Las luces del progreso y la conciencia de la Modernidad*, un conjunto de especialistas en los estudios de la Ilustración –entendida como época histórica, pero también como *ethos* ético-político– nos presentan el concepto de progreso en sus diferentes aspectos. Gerardo López Sastre define la Ilustración como un proyecto de modernización o, lo que es lo mismo, un proyecto de construcción colectiva de la historia en pro del interés común. Ahora bien, es importante señalar, como lo hace López Sastre, que la Ilustración no nos compromete con un único tipo de vida, sino que reivindica una serie de metavalores, como el respeto y la tolerancia (p. 47), que sirven de marco para una convivencia pacífica de las diferen-

cias. El ideal de progreso de la Ilustración es, por lo tanto, pluralista. Esta comprensión de la Ilustración como proyecto político encaja con la teoría del progreso de David Hume, basada en un utilitarismo de la cooperación, como disposición social que produciría mayores y mejores rendimientos que la enemistad. Este modelo cooperacionista sería aplicable tanto a nivel social, de las relaciones entre los individuos, como a nivel del comercio internacional. Por su parte, Aina D. López se pregunta ¿qué queda hoy de la idea de progreso? En su respuesta, analiza dos di-

menciones de la idea de progreso. Por un lado, la dimensión teórica, según la cual podemos entender el progreso como «la primera respuesta moderna y secular a la comprensión del cambio social»; y por otro, la dimensión práctica, según la cual habría que comprender el progreso como utopía, es decir, como una construcción intelectual de carácter secular que plantea un deber ser incongruente con la sociedad en que se formula, desplegando así un potencial transformador de dicha sociedad (p. 74). En su primera dimensión, la idea de progreso moderno habría hecho posible comprender el conocimiento como un bien capaz de ser acumulado y transmitido, patrimonio de un sujeto colectivo, véase: la humanidad o la civilización, que hizo las veces de sujeto de la historia para las distintas filosofías de la historia de los siglos XVII y XVIII. En su segunda dimensión, la idea de progreso se revela como la primera gran ideología o utopía moderna. Tomada en este último sentido, parece seguir teniendo capacidad para generar efectos sociales y políticos, reivindicada por las fuerzas políticas autodenominadas progresistas. Profundizando en la dimensión utópica del discurso sobre el progreso, Paco Martínez Mesa se pregunta por el papel que desempeñó el relato utópico en la divulgación del mensaje de optimismo promovido por las Luces en torno al progreso (p. 92), precisamente en un momento histórico —finales del siglo XVII— marcado por una creciente conciencia de crisis de la sociedad europea. Según Martínez Mesa, la capacidad de transmisión de ideas y valores de este tipo de narrativa fue infravalorada por sus contemporáneos, al no encajar sin más, ni con el discurso erudito ni con la literatura popular, dada su heterogeneidad y su capacidad para entrelazar lo útil y lo lúdico, lo serio y lo cómico, fue siempre considerada como una literatura menor. Sin embargo, la narrativa utópica adquiriría fácilmente la forma de un género pedagógico que, proyectando la imaginación hacia un tiempo futuro, ayudó a popularizar un ideal de transformación facilitando la imaginación de escenarios sociales alternativos (p. 93), desde *pansofías* —utopías del saber universal— hasta sueños sociales de comunidades morales perfectas desde donde cuestionar la realidad existente. Francisco Javier Espinosa Antón se ocupa de los proyectos de paz formulados en la Ilustración, como una de las formas en las que se concretó en la práctica la idea de progreso. En función de sus propuestas de proyectos de paz, destinados a acabar con la guerra como un mal que ponía freno al progreso civil de la sociedad, autores como William Penn (1693), el abad Saint-Pierre (1713), Goudar (1757), Delauny (1793) o el propio Kant (1795) compartirían «una creencia en la perfectibilidad del futuro y en un cierto optimismo hacia el porvenir» (p. 150). Sin embargo, es interesante señalar, con Espinosa Antón, que existió también una Ilustración conservadora, ejemplificada en Johann Valentin Embser (1779), según la cual la historia de la humanidad bajo el gobierno de la providencia divina no puede escapar a las alter-

nancias de periodos de guerra y periodos de paz. María Isabel Wences Simón nos presenta un análisis pormenorizado de la teoría de los estadios en la Ilustración escocesa y se pregunta si se trata de una teoría del cambio social o de una teoría del progreso en sentido moral. En primer lugar, la teoría de los estadios aparece como un método heurístico para analizar el desarrollo histórico de la sociedad (p. 162-164). Así, cada uno de los cuatro estadios: caza, pastoreo, agricultura y sociedad civil, se ofrecen como «tipos-ideales» del desarrollo de la especie humana desde el punto de vista de la historia natural, aunque no necesariamente desde el punto de vista moral. Los ilustrados escoceses, en general; Millar y Ferguson, en particular, fueron especialmente críticos con algunos de los aspectos del desarrollo de la sociedad civil comercial. Por ejemplo, la división del trabajo llevada a los extremos de la estructura social podría debilitar los lazos sociales, socavar el interés por los asuntos públicos en detrimento de los asuntos privados y promover la desintegración de la cohesión social (p. 189). Como resultado de su análisis del desarrollo de las distintas sociedades, los ilustrados escoceses señalaron la existencia de consecuencias no intencionadas de las acciones humanas resultantes en toda una serie de contradicciones morales provocadas por factores del desarrollo comercial. A la luz de estos análisis, el concepto de progreso que obtienen los *litterati* resulta más matizado y menos utópico; quizá por eso, más adecuado para una posible recuperación del mismo en nuestros días. Con ocasión de su contribución al volumen colectivo, María José Villaverde Rico da cuenta de las diferentes sensibilidades que conviven bajo el paraguas de la Ilustración. Desde la confianza casi ciega en las fuerzas del progreso de Fontenelle o Condorcet al pesimismo histórico de Diderot o Rousseau. Anteriormente, la autora había asociado a Rousseau al bando de los Anti-Luces, ahora, gracias a un concepto de Ilustración más complejo, superador de la dualidad Anti-ilustración/Ilustración, pasa a ubicarlo dentro de una de las corrientes ilustradas. Su artículo se centra en la idea de decadencia en Rousseau, para quien el mal no sería el progreso, sino la desigualdad producto de la sociedad (pp. 222-223). Ricardo Cueva Fernández revisa las revoluciones americana y francesa en busca de rasgos de utopía progresista en ambas revoluciones. Como resultado de un examen detallado, que merece su lectura, Cueva concluye, que, a pesar de las diferencias fundamentales que existen entre un modelo centralizador –el francés– y otro descentralizador –el americano–, ambas revoluciones habrían servido para vehicular una idea de progreso histórico, de tipo moderno, que imprimiría una lógica propia al devenir de los asuntos humanos, emancipada de los ciclos de progreso y decadencia del resto de organismos vivos (p. 231). Esta transformación habría sido anticipada por el abandono de una concepción cíclica del tiempo en función de una lineal, introducida por el cristianismo y popularizada por Agustín de Hipona (*ibid.*)

Antonio Hermosa Andújar hace una exposición de la idea de progreso como ideología, ejemplificada en la obra de Kant y Condorcet, para los cuales el género humano se encuentra en continuo progreso hacia lo mejor. Esta sentencia se basaría en la premisa de que el ser humano es un ser imperfecto por definición, por eso podría estar siempre ocupado en la tarea de mejorarse a sí mismo. Sin embargo, como se señala en este artículo, este tipo de razonamiento hace de una propiedad *de facto*, «el simple hecho de mejorar», una propiedad exclusiva del género humano, «perfectibilidad humana». Los límites a esta idea de progreso son explorados en los tres últimos artículos. Empezando por el de Alicia Villar Ezcurra, que señala al terremoto de Lisboa como el acontecimiento del siglo XVIII que puso en jaque el optimismo filosófico ilustrado. El ejemplo paradigmático es el de Voltaire y sus *Poemas sobre el desastre de Lisboa y sobre la Ley Natural*, que marcan un punto de inflexión en la obra del literato. Villar se hace eco también del debate en torno a la Providencia y el mal moral que, a propósito del terremoto de Lisboa, sostuvieron Voltaire y Rousseau. Le sigue la contribución de María Luisa Sánchez-Mejía, para quien la dimensión colonialista y civilizatoria de la Ilustración no pasa desapercibida. La autora se encarga de exponer los distintos modelos de colonización puestos en práctica por los ilustrados, pues la idea de progreso ilustrado implicaría una idea de expansión del modelo de civilización europeo. Algunos autores, como Montesquieu o el abate Raynal, se mostraron críticos con un modelo de colonización salvaje. Aun así, no merecerían el título de anticolonialistas; en primer lugar, por resultar un término anacrónico y, en segundo lugar, porque ambos autores son partidarios de un tipo de «colonización nueva», más humana y menos salvaje, que sería compatible con posturas abolicionistas de la esclavitud de los pueblos colonizados. Por último, es interesante subrayar la recuperación que hace Sánchez-Mejía del concepto de *self-colonization* (p.338-339) y la aplicación que de él hace Damien Tricoire. Según este autor, los ilustrados europeos habrían aceptado que su «propia» cultura, incluyendo su religión, su filosofía, su arte y su literatura, se deben a una colonización antigua operada por los conquistadores romanos, responsables de transmitir a los pueblos europeos los modelos de la Antigüedad. De este modo, los europeos justificarían sus procesos de colonización de otros pueblos «atrasados», asumiendo la tarea actualizada de llevar a cabo una colonización civilizatoria, análoga a la tarea acometida por los romanos sobre los *otrotra* bárbaros europeos. Como broche final, John Christian Laursen expone la teoría de la perfectibilidad progresiva de la religión como uno de los aspectos fundamentales de la teoría del progreso de Benjamin Constant. Según éste –que coincidía en algunas tendencias románticas con Germaine de Staël–, la religión, junto con la sociedad y la lengua, forman parte integral y necesaria del desarrollo moral progresivo de la humanidad (p. 366).

Según Constant, existiría, por tanto, una dinámica de transformación progresiva de la religión, que se encontraría en permanente estado de reforma: «cuando, a medida que transcurre el tiempo y se produce una transformación en otros aspectos de la vida, las formas establecidas se tornan anquilosadas e insatisfactorias, el sentimiento exige una nueva forma» (p. 373). Ahora bien, es importante reparar en la distinción existente entre «sentimiento religioso» y «religiones positivas», ya que la postura de Constant, como la de otros muchos ilustrados, es radicalmente anticlerical. La alternativa propuesta para hacer frente a una moral basada en el interés propio racional es una moral basada en el sentimiento religioso, en permanente estado de reforma y que se identifica, según Constant, con la libertad.

Coordinado por Gerardo López Sastre, Francisco José Mesa, Margarita Eva Rodríguez García y María Luisa Sánchez Mejía, este libro colectivo ofrece un retrato complejo del progreso ilustrado, a través de las diferentes contribuciones que lo abordan, como una teoría del cambio social, como un tipo de narrativa utópica, dando cabida a proyectos de perfeccionamiento moral varios, e incluso a diferentes proyectos políticos anclados en ideas pacíficas como el respeto o la tolerancia. Al mismo tiempo, y de manera transversal, se muestran los claro-oscuros de la propia Ilustración, dentro de la cual conviven posturas de cambio radical, de reformismo moderado, pero también posturas extremadamente conservadoras. Lectura muy recomendable.

NANTU ARROYO